

INFANCIA

1. INFANCIA

Medio año después de mi nacimiento (1875) mis padres se trasladaron de Kesswil (cantón de Thurgau) junto al lago de Constanza, a la parroquia del castillo de Laufen, más allá de la cascada del Rin.

Mis recuerdos se remontan aproximadamente a los dos o tres años. Recuerdo la casa del párroco, el jardín, los libros infantiles, la iglesia, el castillo, las cascada del Rin, el castillo de Worth y la finca de Messmer. Son islas de recuerdo que flotan en un mar indeterminado, aparentemente sin relación alguna.

De aquí emerge un recuerdo, quizás el primero de mi vida y, por consiguiente, sólo una impresión bastante vaga: yazco en un cochecito a la sombra de un árbol. Es un bello y caluroso día de verano, de cielo azul. Los dorados rayos del sol juegan a través de las hojas. La cubierta del cochecito es alzada. Despierto en medio de tanta belleza y siento un indescriptible bienestar. Veo brillar el sol a través de la hojas y flores de los árboles. Todo es extraordinariamente maravilloso, alegre y vivo.

Otro recuerdo: estoy sentado en nuestro comedor en la parte occidental de la casa, en una alta silla para niños, y tomo leche caliente con trocitos de pan. La leche tiene sabor agradable y olor característico. Era la primera vez que percibía tal olor. Fue el momento en que desperté, por así decirlo, al sentido del olfato. Este recuerdo perduró en mí mucho tiempo.

tarde comprendí que la figura negra era un inofensivo sacerdote católico.

Aproximadamente por esta época —no puedo decir con seguridad absoluta si fue antes o después del mencionado acontecimiento— tuve el primer sueño del que logro acordarme y del cual debía ocuparme, por así decirlo, toda mi vida. Tenía yo entonces tres o cuatro años.

La casa parroquial se erguía solitaria cerca del castillo de Laufen, y detrás de la finca de Messmer se extendía un amplio prado. En sueños penetré en este prado. Allí descubrí de pronto, en el suelo, un oscuro hoyo tapiado, rectangular, nunca lo había visto anteriormente. Por curiosidad me acerqué y miré en su interior. Entonces vi una escalera de piedra que conducía a las profundidades, titubeante y asustado descendí por ella. Abajo se veía una puerta con arcada románica cerrada por un cortina verde. La cortina era alta y pesada, como de tejido de malla o de brocado, y me llamó la atención su muy lujoso aspecto. Curioso por saber lo que detrás de ella se ocultaba, la aparté a un lado y vi una habitación rectangular de unos diez metros de largo débilmente iluminada. El techo, abovedado, era de piedra y también el suelo estaba enlosado. En el centro había una alfombra roja que iba desde la entrada hasta un estrado bajo. Sobre éste había un dorado sitial extraordinariamente lujoso. No estoy seguro, pero quizás había encima un rojo almohadón. El sillón era suntuoso, ¡como en los cuentos, un auténtico trono real! Más arriba había algo. Era una gigantesca figura que casi llegaba al techo. En un principio creí que se trataba de un elevado tronco de árbol. El diámetro medía unos cincuenta o sesenta centímetros y la altura era de cuatro o cinco metros. La figura era de extraños rasgos: de piel y carne llena de vida y como remate había una especie de cabeza, de forma cónica, sin rostro y sin cabellos; únicamente en la cúspide había un solo ojo que miraba fijamente hacia arriba.

La habitación estaba relativamente bien iluminada,

pese a que no había luz ni ventanas. Sin embargo, allí, en lo alto, reinaba bastante claridad. La figura no se movía, no obstante, yo tenía la sensación de que a cada instante podía descender de su tronco en forma de gusano y venir hacia mí arrastrándose. Quedé como paralizado por el miedo. En tan apurado momento oí la voz de mi madre como si viniera de fuera y de lo alto, que gritaba: «Sí, mírale. ¡Es el ogro!» Sentí un miedo enorme y me desperté bañado en sudor. A partir de entonces muchas noches tenía miedo a dormirme, pues temía que se repitiera un sueño semejante.

Este sueño me preocupó durante años. Sólo, mucho más tarde, descubrí que la extraña figura era un falo y, sólo décadas después, que se trataba de un falo ritual. No podía discernir si mi madre me había dicho «Ése es el ogro» o «Es el ogro», en el primer caso se referiría ella a que el devorador de niños no es «Jesús» o el «jesuita», sino el falo; en el segundo, que el devorador de hombres se representa en general por el falo, por lo tanto, el sombrío «hêr Jesús», el jesuita y el falo serían idénticos.

El significado abstracto del falo señala que el miembro es entronizado de un modo en sí itifálico (ἰδύς = erguido). El foso en el prado representaba ciertamente una tumba. La tumba misma es un templo subterráneo cuya cortina verde recordaba el prado; aquí, pues, representa el secreto de la tierra cubierta de verde vegetación. La alfombra era de color rojo sangre. ¿Por qué el techo abovedado? ¿Es que había yo estado ya en el Munot, en el torreón de Schafhausen? Posiblemente no, no se llevaría allí a un niño de tres años. Así, pues, no podía tratarse de un recuerdo. Igualmente el origen del itifalo anatómicamente correcto se desconocía. La significación del *orificium urethrae* como ojo, y encima de él un foco luminoso alude a la etimología de falo φαλός = luminoso, brillante).²

2. Cfr. C. G. JUNG, *Symbole der Wandlung* (Símbolos de transformación), 1952, p. 370 y s.

hombres», sino el que estuviera sentado en un áureo trono infernal. Para mi conciencia infantil de entonces el rey se sentaba en primer lugar en un trono áureo pero después, en uno dorado mucho más alto y mucho más bello se sentaban el buen Dios y el *Hér* Jesús en lo más alto del cielo con una corona dorada y vestido blanco. Sin embargo, de este *Hér* Jesús bajó del bosque el «jesuita», con falda negra, con amplio sombrero negro. Tuve que mirar todavía muchas veces hacia allí por si algún peligro me amenazaba.

En sueños descendí a la caverna y encontré otro ser en el áureo trono, inhumano e inhumano, que miraba fijamente hacia arriba y se alimentaba de carne humana. Sólo cincuenta años después me sorprendió un párrafo de un comentario sobre ritos religiosos en que se hablaba de los motivos fundamentalmente antropológicos en el simbolismo de la eucaristía. Entonces vi claro lo poco infantil, lo maduro, incluso la excesiva madurez del pensamiento que en estos dos acontecimientos comenzaba a hacerse consciente. ¿Quién hablaba entonces en mí? ¿Qué espíritu ha imaginado este suceso? ¿Qué meditada razón se encontraba en este hecho? Ya sé que todo débil mental siente tentación de delirar por «hombres negros» y «devoradores de hombres» y por «casualidades» e «interpretaciones» ulteriores para borrar rápidamente algo incómodo que espanta y con ello no perturbar la tranquilidad familiar. Ah, estos bravos hombres virtuosos y sanos me hacen el efecto de aquellos renacuajos optimistas que en un charco de lluvia se agitan alegremente al sol, apretados unos con otros, en el más mísero de los arroyos, sin sospechar que mañana el charco estará seco.

¿Qué hablaba entonces en mí? ¿Quién pronunciaba frases de profunda problemática? ¿Quién asociaba lo superior y lo inferior y asentaba de este modo el fundamento de todo cuanto sembró toda la segunda mitad de mi vida de tempestades del más apasionado carácter?

¿Quién perturbaba la serena e inocente infancia con

graves presentimientos de la vida en su plena madurez? ¿Quién sino el huésped extraño que venía de arriba y de abajo?

Con este sueño infantil fui iniciado en los secretos de la tierra. Tuvo lugar entonces, por así decirlo, una sepultura en la tierra y transcurrieron años hasta que reaparecí. Hoy sé que sucedió para introducir en la oscuridad la mayor cantidad posible de luz. Fue un tipo de iniciación en el imperio de las tinieblas. Entonces mi vida espiritual dio comienzo inconscientemente.

Ya no me acuerdo de nuestro traslado a Klein-Hünningen (Basilea) en 1879, pero sí, en cambio, de un suceso que tuvo lugar algunos años después: Una noche mi padre me sacó de la cama y me llevó en brazos a nuestra glorieta orientada hacia el oeste y me mostró el cielo vespertino que resplandecía con los más soberbios tonos verdes. Esto fue después de la erupción del Krakatoa en 1883.

En otra ocasión mi padre me llevó al aire libre y me mostró un gran cometa que se encontraba al este del horizonte.

Una vez hubo una gran inundación. El río Wiese, que atraviesa la aldea, había roto los diques. En su curso superior hundió un puente. Catorce personas se ahogaron y fueron arrastradas por las amarillas aguas hacia el Rin. Cuando las aguas volvieron a su cauce se dijo que había cadáveres en la arena. No hubo manera de detenerme. Encontré el cadáver de un hombre de mediana edad, vestido con levita negra —¡por lo visto acababa de salir de la iglesia! Yacía allí, medio enterrado en la arena y con el brazo sobre los ojos. Con gran espanto de mi madre, me fascinaba también el presenciar cómo degollaban a un cerdo. Todas estas cosas resultaban del mayor interés para mí.

De aquellos años vividos en Klein-Hünninger proceden también mis primeros recuerdos sobre el arte pictórico. En la paterna casa, la casa parroquial data del siglo XVIII,

una y otra vez volvía yo a contemplarlas. Frente a ellas experimentaba yo la oscura sensación de afinidad con mi «prerrevelación», de la cual no había hablado nunca con nadie. Era para mí un secreto inviolable. Mi madre me lo confirmó indirectamente, pues no se me escapó el tono de ligero menosprecio con que ella hablaba de los «gentiles». Yo sabía que hubiera rechazado con horror mi «revelación» y no quería exponerme a tal ofensa.

Este comportamiento poco infantil guardaba relación, por una parte, con una gran sensibilidad y susceptibilidad, y, por otra parte —y esto en gran medida—, de la acusada soledad de mi temprana juventud (mi hermana era nueve años menor que yo). Yo jugaba solo a mi modo. Es lástima que no pueda recordar a qué jugaba, sino sólo que no quería ser molestado cuando jugaba. Me enfrascaba completamente en mis juegos y no podía soportar ser observado o censurado. Recuerdo, sin embargo, que de los siete a los ocho años jugaba entusiasmado con tarugos de madera y construía torres que destruía con gusto mediante «terremotos». Entre los ocho y once años dibujaba sin cesar escenas de batallas, asedios, fusilamientos y combates navales. Luego llené todo un cuaderno con borrones de tinta y me divertí con su fantástica interpretación. La escuela me resultó agradable porque allí encontré por fin los compañeros de juego tanto tiempo esperados.

Sin embargo, encontré también otra cosa que produjo en mí una extraña reacción. Antes de explicarlo quisiera mencionar que la atmósfera nocturna empezó a enrarecerse. Se trataba sobre todo de temor e incomprensión. Mis padres dormían separados. Yo dormía en la habitación de mi padre. De la puerta del cuarto de mi madre venían influjos inquietantes. Por la noche mi madre estaba lúgubre, misteriosa. Una noche vi salir de su puerta una figura algo luminosa e indeterminada cuya cabeza sobresalía del cuello hacia delante y pendía del aire, como una pequeña luna. Inmediatamente surgió otra cabeza que se desprendió nuevamente. Este proceso se repitió de seis a

siete veces. Yo tenía sueños terroríficos de cosas que tan pronto eran pequeñas como grandes. Así, por ejemplo, una pequeña bola en la lejanía que se aproximaba progresivamente y se transformaba en algo enorme e impresionante, o en postes de telégrafos en los que había pájaros. Los hilos se volvían cada vez más gruesos y mi terror aumentaba hasta que me despertaba.

Aunque estos sueños tenían que ver con el preludio fisiológico a la adolescencia, tuvieron un prólogo hacia los siete años: Padecía pseudocroup con ataques de asfixia. Durante estos ataques estaba yo doblado de espaldas a los pies de la cama, mi padre me sostenía por debajo de los brazos. Sobre mí vi un círculo luminoso azul del tamaño de la luna llena y en su interior se movían figuras doradas que yo tomé por ángeles. Esta visión apaciguó siempre mi temor a la asfixia. En sueños, sin embargo, volvía a aparecer. Me parece que un factor psicógeno desempeñaba aquí el papel decisivo: la atmósfera espiritual había comenzado a hacerse irrespirable.

Yo iba a la iglesia con sumo disgusto. La única excepción era el día de Navidad. El canto navideño: «Éste es el día en que Dios se encarnó...» me gustaba sobremanera. Por la noche había el árbol de navidad. Es la única fiesta cristiana que conmemoraba con fervor. Todas las demás fiestas me dejaban frío. En segundo lugar venía la noche de San Silvestre. El tiempo de adviento tenía algo que no concordaba con la navidad que estaba por llegar. Tenía que ver con la noche, el estado del tiempo y el viento y también con la oscuridad de la casa. Algo susurraba —algo daba vueltas por allí.

En aquella primera infancia tuvo lugar un descubrimiento que hice en relación con mis compañeros de escuela: me enajenaban. Cuando estaba con ellos era otro distinto a cuando estaba solo en casa. Con ellos hacía tonterías o me las imaginaba de tal clase que nunca se me habían ocurrido en casa, o así me lo parecía. Sin embargo, sabía muy bien que cuando estaba solo en casa podía imagi-

está sentado sobre mí». Entonces surgía la pregunta: «¿Soy yo el que está sentado sobre la piedra, o soy la piedra sobre la cual *él* está sentado?» Esta cuestión me embrollaba siempre, y dudando de mí mismo me levantaba, cavilando acerca de quién era quién. Esto era algo que no estaba claro y mi inseguridad iba acompañada de una sensación de misterio, curiosa y fascinante. Era indudable, sin embargo, el hecho de que esta piedra estaba en íntima relación conmigo. Podía permanecer largas horas sentado sobre ella y me sentía embelesado por el enigma que me planteaba.

Treinta años más tarde me encontré nuevamente en aquella pendiente, estaba yo casado, tenía hijos, una casa, un lugar en el mundo y la mente llena de ideas y proyectos, y nuevamente me sentí niño, de repente el niño que enciende un fuego de misteriosa significación y se sienta sobre la piedra de la que no sabe si ella soy yo o yo soy ella. De repente recordé mi vida en Zurich y se me hizo extraña como un asunto de otro mundo y de otra época. Resultaba atrayente y espantoso a la vez. El mundo de mi infancia, en el que me sentía ahora inmerso, era eterno, y yo me encontraba desgajado de él; sumido en un tiempo cada vez más lejano. Tenía que separarme bruscamente de este lugar para no perder mi futuro.

Este momento es para mí inolvidable, pues como un relámpago, aclaró el carácter de eternidad de mi infancia. Lo que quiero decir con la palabra «eternidad» se me evidenció ya a los diez años. Mi disensión e inseguridad en el ancho mundo me llevó a tomar una medida entonces incomprensible para mí: utilizaba por aquel entonces un plu-mier amarillo lacado, con un pequeño castillo, como poseen los alumnos de primera enseñanza. En su interior se encontraba una regla. En su extremo tallé un pequeño hombrecillo de unos seis centímetros con «levita, sombrero de copa y lustrosos zapatos». Lo pinté con tinta negra, lo aserré de la regla y lo coloqué en el plumier donde le dispuse una camita. Le hice incluso un abrigoito de un trozo de lana. Le coloqué, además, un guijarro del Rin liso, alar-



gado y negruzco al cual había pintado con acuarela multicolor de modo que quedaba dividida en dos partes, una superior y otra inferior. Esta piedra la llevé mucho tiempo en el bolsillo de mis pantalones. Ésa era su piedra. Todo ello era para mí un gran secreto del cual, sin embargo, no comprendía nada. Llevé en secreto el estuche con el hombrecillo al vedado ático (vedado porque las tablas del piso estaban carcomidas y podridas y por ello resultaban peligrosas) y la escondí en una viga del techo. Con ello experimenté una gran satisfacción, pues nadie lo vería. Sabía yo que allí nadie podría encontrarlo. Nadie podría descubrir mi secreto ni destruirlo. Me sentí seguro y desapareció la penosa impresión de estar en desacuerdo conmigo mismo.

En todas las situaciones difíciles, cuando preparaba algo, o mi sensibilidad había sido herida, o cuando la irritabilidad de mi padre o la enfermedad de mi madre me agobiaban, pensaba en mi hombrecillo cuidadosamente acostado y escondido y en su piedra lisa y bellamente pintada. De vez en cuando —frecuentemente con intervalos de semanas— subía al altillo en secreto, y sólo cuando estaba seguro de que nadie me veía. Allí trepaba a la viga, abría el estuche y contemplaba al hombrecillo y a la piedra. Dejaba, además, cada vez un pequeño rollo de papel en el cual anteriormente había yo escrito algo. Lo hacía en las horas de clase con una escritura secreta inventada por mí. Eran tiras de papel de escritura apretada, que arrollaba y dejaba a la custodia del hombrecillo. Recuerdo que el acto de colocar un nuevo rollo comportaba siempre el carácter de una acción alegre. Lástima que no pueda recordar qué quería comunicarle al hombrecillo. Sólo sé que mis «cartas» significaban para él una especie de biblioteca. Tengo la incierta sospecha de que podían ser ciertas frases que me hubieran gustado en especial.

El sentido de estos hechos, o de cómo hubiese podido yo explicármelos, no representaba entonces problema alguno. Me bastaba con la sensación de renovada seguridad y la satisfacción de poseer algo a lo cual nadie tuviera ac-

ceso y que nadie supiera. Para mí era un secreto inviolable que nunca podía traicionarse, pues la seguridad de mi existencia dependía de ello. Por qué era así no me lo pregunté nunca. Era sencillamente así.



Esta posesión de un secreto se me grabó entonces fuertemente. Lo considero como lo esencial de mis primeros años de juventud, como algo que era para mí sumamente importante. Así, pues, yo no expliqué nunca a nadie mi sueño del falo, y también el jesuita pertenecía al reino de lo secreto, del cual no estaba permitido hablar. La pequeña figura de madera con la piedra fue un primer intento, todavía infantil e inconsciente, de dar forma a lo secreto. Siempre me sentí absorbido por ello y tenía la impresión de que debía expresarlo. Siempre esperaba que se podría encontrar algo, quizás en la naturaleza, que diera la clave o me mostrara dónde o lo qué era el secreto. Entonces creció en mí el interés por las plantas, los animales y los minerales. Estaba siempre tratando de descubrir algo enigmático. En mi conciencia era cristianamente religioso —aunque siempre con la salvedad: «¡Pero no es tan seguro!» o con la pregunta «¿Qué sucede con lo que está bajo tierra?». Y cuando se me enseñaba religión y se me decía: «Esto es bello, esto es bueno», yo pensaba para mis adentros: «Sí, pero existe, además, algo muy secreto, y esto no lo conoce la gente.»

El episodio con el hombrecillo tallado en madera constituyó la culminación y el final de mi infancia. Duró aproximadamente un año. Luego olvidé por completo este acontecimiento hasta los treinta y cinco años. Entonces, de las nieblas de la infancia resurgió este recuerdo con claridad diáfana cuando, ocupándome en preparar mi libro *Wandlungen und Symbole der Libido* (Transformaciones y símbolos de la libido), leí acerca del «Cache»,⁴ de piedras conmemorativas en Arlesheim y de los churingas australianos. Descubrí de pronto que me hacía una imagen per-



4. Un tipo de escondrijo.

fectamente concreta de una tal piedra, aunque nunca la había visto reproducida. En mi imaginación veía una piedra lisa pintada de tal modo que se distinguía una parte superior y otra inferior. Esta imagen me resultaba familiar en cierto modo y entonces recordé un plumier amarillo y un hombrecillo. El hombrecillo era un dios de la antigüedad, pequeño y oculto, un telesforo que se encuentra en varias representaciones junto a Esculapio y a quien lee un pergamino.

De este recuerdo me vino por vez primera la convicción de que existen elementos anímicos arcaicos que pueden inculcarse en el alma individual sin que procedan de la tradición. En la biblioteca de mi padre, la cual exploré a fondo —nótese bien que mucho después—, no había ni un solo libro que contuviera una información de este tipo. Es notorio que mi padre no sabía nada de tales cuestiones.



Cuando estuve en Inglaterra en 1920 tallé dos figuras parecidas en una rama delgada sin recordar lo más mínimo la experiencia de mi infancia. Una de ellas la hice ampliar en piedra, y esta figura se encuentra en mi jardín de Künsnacht. Sólo entonces el inconsciente me inspiró el nombre. La figura se llamó «Atmavictu» — «breath of life». Constituye un desarrollo ulterior de aquel objeto casi sexual de la infancia que se presentaba entonces como el «breath of life» como un impulso creador. En el fondo todo ello es un cabir,⁵ cubierto con la capa, oculto en la «caja», dotado de un gran acopio de fuerzas vitales, la negra piedra y alargada. Sin embargo, esto son interrelaciones que sólo me resultaron claras muchos años después. Cuando era niño, me sucedió del mismo modo como más tarde observé en los indígenas de África: simplemente lo hacen y no saben en absoluto lo que hacen. Sólo mucho más tarde se medita sobre ello.

5. Los cabires, denominados también «los grandes dioses», y tan pronto descritos como enanos o como gigantes, eran divinidades naturales cuyo culto, en su mayor parte, tenía relación con el de la diosa Deméter. Se relacionaban con la fecundidad y con el origen de la vida.

PERÍODO ESCOLAR

I

Mi decimoprimer año fue, hasta cierto punto, trascendental para mí, pues a la sazón fui el Instituto de Basilea. Con tal motivo tuve que separarme de mis compañeros de juegos del pueblo y entré verdaderamente en el «gran mundo», donde gente poderosa, mucho más poderosa que mi padre, vivía en grandes y espléndidas casas, iban en costosas calesas tiradas por soberbios caballos y se expresaba en los distinguidos idiomas francés y alemán. Sus hijos, bien vestidos, de elegantes modales y disponiendo de dinero abundante, eran mis compañeros de clase. Con asombro y mal disimulada envidia me enteré que habían estado durante las vacaciones en los Alpes, en las «resplandecientes montañas nevadas» junto a Zurich, e incluso en el mar, lo cual llegaba a ser el colmo. Yo los observaba como seres de otro mundo, procedentes de aquel dominio inaccesible de las nevadas montañas que brillaban como ascuas y de las lejanías inmensas del inimaginable mar. Reconocí entonces que éramos pobres, que mi padre era un pobre párroco de aldea y yo un hijo de párroco mucho más pobre todavía, que tenía agujeros en la suela de los zapatos y tenía que pasar seis horas de clase con los calcetines empapados. Empecé a contemplar a mis padres con otros ojos y empecé a comprender sus desvelos y preocupaciones. Por mi padre sentía yo especial compa-

este nacimiento. Por lo demás, este acontecimiento no me inquietó, pero ciertamente contribuyó a agravar un suceso que tuvo lugar cuando yo tenía doce años.

Mi madre tenía la desagradable costumbre de hacerme todas las advertencias posibles cuando iba yo de visita o era invitado. Entonces llevaba yo no sólo mi mejor traje y zapatos limpios, sino que también notaba una sensación de dignidad en mi aspecto y modales y sentía como una humillación el que la gente de la calle pudiera oír las cosas ofensivas que mi madre me gritaba: «No olvides tampoco cumplir las recomendaciones de papá y mamá, y limpiarte la nariz, ¿llevas pañuelo? ¿Te has lavado las manos?», etcétera. Me parecía del todo inadecuado poner en evidencia mis sentimientos de inferioridad ante todo el mundo, en el que yo desde hacía tiempo cuidaba mi vanidad y autosuficiencia. Estas ocasiones significaban mucho para mí. En el camino hacia la casa donde estaba invitado me sentía importante y digno, como siempre que llevaba el vestido de los domingos en un día laborable. Pero el cuadro variaba mucho tan pronto como traspasaba el umbral de la casa ajena. Entonces me ofuscaba la impresión de la grandeza y poderío de esa gente. Me sentía atemorizado ante ellos y en mi pequeñez hubiera hundido catorce brazas bajo tierra al hacer sonar yo la campana. El sonido que resonaba allá dentro zumbaba en mis oídos como una maldición. Me sentía tan insignificante y miedoso como un perro que huye. Lo peor era que mi madre me había preparado antes «correctamente». «Mis zapatos están sucios y también mis manos. No tengo pañuelo, mi cuello está mugriento», resonaba en mis oídos. Entonces, por despecho, no realizaba ninguna recomendación o me comportaba deliberadamente de un modo tímido y obstinado. Cuando las cosas iban mal pensaba en mi secreto tesoro en la viga que me ayudaba entonces a recobrar mi dignidad humana: recordaba en mi desespero que yo también era el otro —aquel del secreto inviolable, la piedra y el hombrecito con levita y sombrero de copa.

No puedo recordar que en mi juventud pensara en la posibilidad de una relación entre el «*hêr* Jesús», los jesuitas con negro hábito o bien los hombres con levita y sombrero de copa en una tumba, el agujero semejante a una tumba en el prado y el infernal templo fálico, con el hombrecillo en el plumier. El sueño de dios itifálico fue mi primer gran secreto; el hombrecillo, el segundo. Sin embargo, hoy me parece como si hubiera experimentado una vaga sensación de parentesco entre la «piedra conmemorativa» y la piedra que también era «yo».

No he podido esclarecer hasta hoy, en que a mis ochenta y tres años escribo mis recuerdos, qué relaciones guardaban entre sí mis tempranos recuerdos: son como brotes aislados que nacen de un rizoma subterráneo. Son como las fases de un proceso evolutivo inconsciente. Mientras que siempre me resultó imposible encontrar una relación positiva con el «*hêr* Jesús», recuerdo que a partir de los once años aproximadamente empezó a interesarme la idea de Dios. Empecé a rezar a Dios lo que me complacía en cierto modo porque Dios me parecía carente de contradicciones. Dios no intervenía en mis desconfianzas. Además no para un hombre con negros hábitos ni un «*hêr* Jesús» de los que se representa en cuadros con vestidos de colores y con el que la gentes se comportaba tan familiarmente. Él (Dios) era más bien un ser único de quien no era posible hacerse una idea exacta, como había oído decir. Era como un viejo señor muy poderoso; pero me decía para tranquilizarme: «No puedes imaginártelo, ni establecer comparación alguna.» No podía, pues, permitirme familiaridades con él como con el «*hêr* Jesús» que no era ningún «secreto». Una cierta analogía con mi secreto de la viga empezó a perfilarse...

La escuela comenzó a fastidiarme. Me ocupaba demasiado tiempo que yo hubiese empleado con gusto en dibujos de batallas y en jugar con fuegos. Las clases de religión resultaban increíblemente aburridas y por las clases de

matemáticas sentía verdadero pánico. El maestro hacía suponer que el álgebra es algo por completo evidente mientras que yo ni siquiera logré saber qué son los números en sí y por sí. No eran flores, ni animales, ni fósiles, nada que sea imaginable, meramente cantidades que se representan por cifras. Para mi confusión las cantidades que se sustituyeron por letras que equivalían a sonidos, de tal modo que se podía oírlas, por así decirlo. Asombrosamente mis compañeros supieron habituarse a ello y lo encontraban natural. Nadie podía decirme qué son los números y yo no podía formular la pregunta. Con gran asombro descubrí que nadie comprendía mis dificultades. El maestro se esforzaba cuanto podía, debo reconocerlo, para explicarme el sentido de estas maravillosas operaciones, en convertir cantidades comprensibles en sonidos. Comprendí, finalmente, que este sistema de abreviaturas resultaba adecuado para representar muchas cantidades en una forma abreviada.

Pero esto no me interesaba en absoluto. Pensaba para mis adentros que era completamente arbitrario expresar números mediante sonidos, se podría igualmente expresar α por manzano,* b por peral** y χ por signo de interrogación; a , b , c , y y x resultaban inconcretos y no me explicaban nada de la esencia del número, como tampoco del manzano. En especial me sublevaba el principio: si $a = b$ y $b = c$, entonces $a = c$, donde se afirma por definición que a designa algo distinto que b y por ello no podía igualarse, por ser distinto, con b , y nada digamos de c . Si se trata de una igualdad, significa que $a = a$, $b = b$, etc., mientras que $a = b$ me parecía una mentira o falsedad patente. Esta indignación la sentía cuando el maestro consideraba, en contra de la propia definición de paralelas, que se cortaban en el infinito. Esto se me antojaba una absurda majadería en la que yo no podía ni quería participar. Mi moral

* *Apfelbaum*, en alemán.

** *Birnbaum*, en alemán.

intelectual se resistía a esta frívola incongruencia que me cerraba el acceso a la comprensión de las matemáticas. Sólo al llegar a una avanzada edad he experimentado la sensación de que si, como mis compañeros de estudios, hubiera aceptado sin discusión que $a = b$, sol = luna, perro = gato, etc., habría penetrado para siempre en las matemáticas; ello, sin embargo, sólo he llegado a sospecharlo a mis ochenta y tres años. Durante toda mi vida me resultó un enigma por qué no logré hacerme asequibles las matemáticas, de las que nunca dudé que servían para contar. Lo más incomprensible me pareció, sin embargo, mi indecisión *moral* ante las matemáticas.

Sólo podían resultarme comprensibles igualdades en que yo sustituyera determinados valores numéricos por letras y me confirmaran el sentido de las operaciones mediante un cálculo concreto. En lo sucesivo sólo pude salir bastante airoso de las matemáticas dibujando las fórmulas algebraicas, incomprensibles para mí en su contenido, y grabando en mi memoria en qué lugar de la pizarra se realizaban las combinaciones de letras. Con el cálculo no pude entenderme, pues de vez en cuando el maestro decía: «aquí sustituimos la expresión», y trazaba en la pizarra un par de letras. Yo no sabía por qué ni para qué —posiblemente para facilitar un final satisfactorio al procedimiento. Estaba tan asustado ante mi incapacidad de comprensión, que ya no me atrevía a preguntar nada.

Las clases de matemáticas eran para mí temor y tormento. Dado que otras asignaturas me resultaban fáciles y en matemáticas pude salir del paso, frecuentemente gracias a mi buena memoria visual, casi siempre obtuve buenas notas, pero el miedo a un fracaso y a la insignificancia de mi existencia frente a la grandeza del mundo que me rodeaba me produjeron no sólo desgana sino cierto tipo de muda desesperación que me quitó por completo la afición a la escuela. A esto se añadió que a causa de mi inaptitud para el dibujo fui expulsado de clase de dibujo. Esto fue bien recibido por mí por el tiempo que ganaba con

L.R.!

to de hora cuando me vino el segundo mareo. Pasó como el anterior: «¡Y ahora tú vuelves al trabajo!» Persistí y al cabo de media hora llegó el tercero. Pero no cedí y trabajé todavía una hora más hasta que tuve la sensación de que los mareos estaban ya superados. De improviso me encontré mejor que todos los meses anteriores. De hecho, los ataques no se repitieron más y a partir de este momento trabajé todos los días en mi gramática y mis cuadernos escolares. Después de algunas semanas volví a la escuela y allí no experimenté mareo alguno. El encanto había desaparecido. Aquí aprendí lo que es una neurosis.*

Progresivamente volvieron mis recuerdos, cómo había sucedido todo, y vi claramente que fui yo el que había amañado toda esta historia. Por ello no me sentí nunca enfadado con el compañero que me derribó. Yo sabía que él, por así decirlo, estaba «prefijado» y hubo por mi parte un arreglo diabólico. ¡Esto no me pasaría una segunda vez! Sentía rabia contra mí mismo y al mismo tiempo me avergonzaba de mí, pues sabía yo que estaba equivocado respecto a mí, y así había hecho el ridículo ante mí. Nadie más era culpable. ¡Yo mismo era el execrado desertor! A partir de entonces ya no podía contenerme cuando mis padres mostraban preocupación por mí y me hablaban en un tono compasivo.

La neurosis fue nuevamente un secreto para mí, pero era un secreto vergonzoso y un fracaso. Pero, finalmente, me llevó a un acentuado vigor y a un celo desmedido. Entonces comenzó mi escrupulosidad, no para salvar las apariencias, lo cual tiene algún mérito, sino en mí mismo. Puntualmente me levantaba a las cinco para trabajar y a veces trabajaba desde las tres de la mañana hasta las siete, antes de irme a la escuela.

Lo que facilitó mi conversión fue mi pasión por la soledad, el encanto del aislamiento. La naturaleza me parecía llena de milagros en los que quería profundizar. Cada

* Cfr. Glosario.

piedra, cada planta, todo parecía animado e indescriptible. Entonces ahondé en la naturaleza, penetré, por así decirlo, en la esencia de la naturaleza, lejos de todo el mundo humano.

En aquella época tuvo lugar un importante acontecimiento. Fue en el largo camino de Klein-Hüningen, donde vivíamos, a Basilea. En una ocasión tuve de repente la inquietante sensación de surgir de una niebla espesa consciente de ser ahora *yo*. A mi espalda había como una pared neblinosa, detrás de la cual no estaba yo todavía. Pero en aquel instante *me* realicé *yo*. Anteriormente también existía *yo*, pero todo no era *más* que un hecho. Ahora sabía: ahora soy *yo*, ahora existo. Anteriormente se contaba conmigo, pero ahora quería obrar *yo*. Este acontecimiento me pareció inmensamente significativo y nuevo. La «autoridad» estaba en mí. Extrañamente durante esta época, y también durante los meses de mi neurosis, había olvidado por completo la existencia del tesoro en la viga, pues, de lo contrario, me hubiera llamado la atención la analogía de mi sentimiento de autoridad con aquel sentimiento del valor que el tesoro me prestaba. Pero no fue tal el caso, sino que todo recuerdo del plumier había desaparecido. Por aquel tiempo fui invitado en una ocasión durante la vacaciones por una familia amiga que poseía una casa junto al lago de los Cuatro Cantones. Con gran entusiasmo vi que la casa estaba situada frente al lago y que tenían un embarcadero y un bote de remos. El señor de la casa nos permitió a su hijo y a mí utilizar el bote bajo la firme condición de no cometer imprudencias. Por desgracia, yo ya sabía cómo se rema, cómo se da impulso, o se para. En casa teníamos una fácil embarcación de este tipo sobre el viejo foso del fuerte Aba-tucci de Hüningen en la orilla badense. Allí habíamos realizado toda clase de imprudencias. La primera, pues, que hice en esta ocasión fue saltar a la popa y directamente hundí el remo en el lago. Esto fue demasiado para el señor de la casa. Nos hizo volver con un silbido y me propinó un

rraciones sobre mi abuelo que mis padres y parientes me habían explicado. Pero tampoco esto podía coincidir por completo, pues nació en 1795, es decir, vivió propiamente en el siglo XIX. Además, había muerto mucho antes de que yo naciera. No podía ser que fuera idéntico a él. Es verdad que estas consideraciones eran entonces sólo vagas suposiciones y sueños. No puedo recordar si ya sabía entonces algo de nuestro legendario parentesco con Goethe. No lo creo, pues sé que obtuve esta noticia de gente forastera. Se basa en una leyenda enojosa el que mi abuelo fuera hijo natural de Goethe.¹

A mis fracasos, en matemáticas y en dibujo, se añadió un tercero: la gimnasia me resultó, desde un principio, odiosa. Nadie tenía que ordenarme cómo debía moverme. Yo iba a la escuela a aprender algo y no quería realizar ninguna acrobacia absurda e inútil. A esto se añadía, como tardía continuación de mis primeros accidentes, un cierto miedo físico que sólo mucho más tarde logré en cierto modo superar. Tenía relación con una desconfianza frente al mundo y sus posibilidades. El mundo parecía verdaderamente hermoso y apetecible, pero estaba lleno de vagos peligros y absurdos. Por ello quería siempre saber, ante todo, qué me esperaba y a quién otorgaba mi confianza. ¿Dependía quizás esto de mi madre, que me faltó durante varios meses? Resultó oportuno que el médico, a causa de mi anterior trauma, me prohibiera la gimnasia. Me libré de esta carga y evité un nuevo fracaso.

En un bello día de verano del mismo año (1887) salí al mediodía de la escuela y fui a la Münsterplatz. La cúpula de la catedral resplandecía de luz y el sol se reflejaba en las nuevas tejas multicolores. Yo estaba impresionado por la belleza de este espectáculo y pensé: «El mundo es hermoso y la iglesia es bella, y Dios lo ha hecho todo y está sentado en un trono dorado allá en lo alto del cielo azul...» Aquí se produjo un vacío y una sensación sofocante. Me

1. Cfr. Apéndice, p. 461.

sentí como paralizado y sólo sabía: ¡Ahora no pienses más! Vendrá algo temible que no quiero pensar, a lo cual no me está permitido acercarme. ¿Por qué no? Porque cometerías el mayor pecado. ¿Qué es el mayor pecado? ¿El crimen? No, esto no puede serlo. El mayor pecado es el que se comete contra el Espíritu Santo, el que no será perdonado. El que lo comete es condenado eternamente al infierno. Sería demasiado triste para mis padres que su único hijo, a quien tanto quieren, incurriera en la condenación eterna. Yo no puedo hacer esto a mis padres. ¡Yo no puedo, en absoluto, continuar pensando en esto!

Esto resultó más fácil de pensar que de hacer. En mi largo camino hacia casa intenté por todos los medios pensar en otras cosas, pero noté que mis pensamientos retrocedían sin cesar a la bella catedral que tanto me gustaba y al buen Dios sentado en su trono, y como alcanzado por una descarga eléctrica, volvía a olvidarlo. Me repetía siempre: «¡No pensar en ello, no pensar en ello!» Llegué a casa muy nervioso. Mi madre notó que me pasaba algo y me preguntó: «¿Qué te pasa? ¿Ha sucedido algo en la escuela?» Podía asegurarle, sin mentir en absoluto, que en la escuela no había pasado nada. Pensé que quizás me aliviara si le confesase a mi madre la verdadera razón de mi inquietud. Pero entonces pensé que al hacerlo debía llevar mi pensamiento hasta el fin, lo que *me* parecía imposible. La buena mujer no sospechaba nada y era imposible que supiese que yo corría peligro inminente de cometer el pecado que no se perdona, precipitándome en el infierno. Rechacé el pensamiento de una confesión, e intenté disimular lo más discretamente que pude.

Por la noche dormí mal; constantemente intentaba rechazar el pensamiento prohibido, que no conocía, y me esforzaba confusamente en defenderme de él. Los dos días siguientes fueron terribles y mi madre estaba convencida de que estaba enfermo. Rechacé la tentación de confesar, contribuyendo a tal decisión el pensar que si yo cedía, causaría la más grande pena a mis padres.



Durante la tercera noche la tortura resultó tan intensa que no supe ya qué hacer. Me desperté inquieto y me sorprendí pensando en la catedral y en el buen Dios. ¡Por poco pienso algo más! Sentía que mis fuerzas de resistencia me abandonaban. Sudaba de miedo y me senté en la cama para rechazar el sueño. «¡Ahora ha llegado el momento, esta vez va en serio! *Tengo que pensar*. Esto ha de pensarse antes. ¿Por qué debo pensar lo que no sé? ¡Por Dios!, yo no lo quiero, eso está claro. ¿Pero quién lo quiere? ¿Quién quiere forzarme a pensar algo que no sé y no quiero? ¿De dónde procede esta terrible voluntad? ¿Y por qué precisamente yo debo someterme a ella? Yo pensé elogiosamente en el Creador de este mundo hermoso, me sentí agradecido por este inconmensurable regalo y ¿por qué precisamente yo debo pensar en el mal imaginable? No lo sé realmente, pues no puedo ni debo acercarme siquiera a este pensamiento sin arriesgarme a tener que pensar en ello inmediatamente. Esto ni lo he hecho yo ni lo he querido. Ha llegado a mí como un mal sueño. ¿De dónde proceden tales cosas? Me ha ocurrido sin quererlo yo. ¿Cómo es posible que sea así? Yo no me he creado a mí mismo, sino que he llegado al mundo tal como Dios me hizo, es decir, como fui realizado por mis padres. ¿O quizás lo quisieron así mis padres? Mis buenos padres nunca hubieran pensado en algo de este tipo. Algo tan infame no se les hubiera ocurrido nunca.»

4

Encontré esta idea francamente ridícula. Entonces pensé en mis abuelos, a quienes sólo conocía por sus retratos. Tenían un aspecto lo bastante bondadoso y respetable para rechazar mi idea de su posible culpa. Recorrí toda la larga serie de antepasados desconocidos hasta llegar a Adán y Eva. Y con ello llegué a la conclusión definitiva: Adán y Eva son los primeros hombres; no tuvieron padres sino que fueron creados directa y deliberadamente por Dios tal como eran. No tuvieron elección alguna sino que tuvieron que ser tal como Dios los había creado. No sabían en absoluto cómo hubieran podido ser de otro

modo. Eran creaciones perfectas de Dios, pues Él sólo crea cosas perfectas y, sin embargo, cometieron el primer pecado porque hicieron lo que Dios no quería. ¿Cómo fue esto posible? No hubieran podido hacerlo en absoluto si Dios no les hubiera dado oportunidad para hacerlo. Esto se deduce de la serpiente que Dios creó ya antes que ellos, por lo visto con el fin de que debía persuadir a Adán y Eva. Dios, en su omnisciencia, lo dispensó todo de tal modo que los primeros padres debían pecar. *Fue, pues, la intención de Dios el que ellos tuviesen que pecar.*

Este pensamiento me liberó de mi estado de enojoso tormento, pues sabía ahora que Dios mismo me había colocado en esta situación. Yo no sabía en un principio si Él con ello pretendía que yo debía cometer el pecado o precisamente lo contrario. Yo no pensé más en rezar para ilusionarme, pues Dios me había colocado en esta situación sin mi voluntad y dejándome desamparado. Estaba seguro de que, en su opinión, sólo yo mismo debía buscar la salida. Con ello se planteó un nuevo argumento:

«¿Qué quiere Dios? ¿Que lo haga o que no lo haga? Debo dilucidar qué es lo que Dios quiere y concretamente ahora y conmigo.» Sabía que, según la moral tradicional, era del todo evidente que debía evitarse el pecado. Así lo había hecho hasta el presente y sabía que no podría hacerlo en lo sucesivo. Mi sueño interrumpido y mi apurada situación anímica me habían conducido al punto en que el esfuerzo por alejar aquellas ideas me destrozaba. Así no podía continuar. Pero no podía en absoluto transigir antes de comprender cuál era la voluntad de Dios y lo que Él se proponía. Estaba seguro de que Él era el causante de esta desesperante dificultad. Es curioso que no pensé ni por un momento que pudiera jugarme una jugarreta el demonio. En mi estado de ánimo desempeñaba entonces un papel muy pequeño y era completamente impotente frente a Dios. Más o menos a partir del momento de mi surgir de la niebla y de mi llegar a-su-yo comenzó a preocupar mi mente la unidad, grandeza y sobrehumanidad de Dios.

Así, pues, estaba para mí fuera de duda el que era Dios quien me planteaba una prueba decisiva y que todo consistía en comprenderle a Él correctamente. Sabía ciertamente que mi desistimiento definitivo sería forzado; pero ello no debía ocurrir sin mi comprensión, pues se trataba de mi salvación eterna: «Dios sabe que no puedo resistir por mucho tiempo y no me ayuda, pese a que estoy a punto de ser forzado al pecado que no se perdona. En virtud de Su Omnipotencia podría Él apartar de mí este imperativo. Pero no lo hace. ¿Será quizás que quiere probar mi obediencia al proponerme la inusitada tarea de hacer algo contra lo cual me resisto con todas mis fuerzas, porque temo la condenación eterna? Pues yo contravendría mi propio criterio moral y los preceptos de mi religión si faltase a sus propios mandamientos. ¿Podría ser que Dios quisiera ver si soy capaz de obedecer a Su Voluntad aunque mi fe y mi entendimiento me amenacen con el infierno y la condenación? ¡Podría ser la verdad!, pero no son más que mis pensamientos. Puedo equivocarme. No puedo arriesgarme hasta el punto de confiarme a mis propias reflexiones. ¡Debo meditarlo a fondo nuevamente!»

Pero llegué a la misma conclusión. «Dios quiere evidentemente que me arriesgue», pensaba yo. «Si es así y lo hago, entonces Él me concederá su gracia e inspiración.»

Hice acopio de todo mi valor como si tuviera que precipitarme en el fuego infernal y dejé volar mi imaginación: ante mis ojos surgió la hermosa catedral, sobre ella el cielo azul, Dios sentado en trono dorado, en la cumbre del mundo, y bajo el trono cayó una enorme cantidad de excrementos sobre la cúpula de la iglesia, la destrozaron y despedazaron los muros del templo.

Esto era pues. Experimenté un gran alivio y un indescriptible consuelo. En lugar de la esperada condenación me llegaba la gracia y con ello una inexpressable dicha, como nunca había experimentado. Lloraba de alegría y agradecimiento de que se me hubieran revelado la sabiduría y bondad de Dios, tras haber sentido su inflexible

rigor. Muchas cosas que anteriormente no había podido comprender se me hicieron claras. Conocía, ahora, lo que mi padre no comprendió: la voluntad de Dios a la que él se resistía con las razones mejor fundadas y la más profunda fe.

Por ello tampoco no había él presenciado nunca el milagro de la gracia que todo lo cura y todo lo hace inteligible. Él había tomado los mandamientos de la Biblia por normas de conducta, creía en Dios tal como en la Biblia se lee y como su padre le había enseñado. Pero no conoció al Dios directamente vivo que es omnipotente y libre, que está por encima de la Biblia y de la Iglesia, que llama a los hombres a su libertad y puede impulsarles a renunciar a sus propias convicciones y opiniones para cumplir incondicionalmente sus mandatos. Dios al poner a prueba el valor humano no se deja influir por las tradiciones, por sagradas que éstas fuesen. Cuida en Su Omnipotencia de que en tales pruebas no sobrevenga nada verdaderamente malo. Si se cumple la voluntad de Dios se puede estar seguro de ir por el buen camino.

Dios creó también a Adán y Eva de tal modo que tuvieran que pensar lo que no querían pensar. Lo hizo para saber que eran obedientes. Así, pues, podía también exigir de mí algo que yo quisiera rechazar por tradición religiosa. Pero fue la obediencia la que me procuró la gracia; a partir de aquella experiencia supe lo que es la gracia de Dios. Me enteré que estoy a merced de Dios y que todo estriba en cumplir Su Voluntad, nada más. De lo contrario caeré en el absurdo. En este momento comenzó mi propia responsabilidad. El pensamiento que debía formular me pareció espantoso y con él surgió la sospecha de que Dios pudiera ser algo temible. Era un terrible secreto el que yo había descubierto y significó para mí una cuestión angustiosa y tenebrosa. Ensombreció mi vida y me dio mucho que pensar.

Experimenté también la sensación de mi inferioridad. Soy un demonio o un cerdo, pensaba yo, algo deleznable. Pero entonces comencé a escudriñar en los secretos de la

Biblia de mi padre. Con cierta satisfacción leí en el Evangelio acerca de los fariseos y los publicanos y hallé que precisamente los reprobos son los elegidos. Me causó una durable impresión que el administrador desleal fuera alabado, y que Pedro, el inconsciente, fuera designado como roca o cimiento.

Cuanto mayor era mi sensación de inferioridad, tanto más incomprensible me parecía la bondad de Dios. Ciertamente nunca me sentí seguro de mí mismo. Cuando mi madre me dijo una vez: «Tú siempre fuiste un buen muchacho», no pude comprenderlo. ¿Yo, un buen muchacho? Esto era una novedad. Siempre pensé que yo era un hombre depravado o despreciable.

Con aquel episodio de la catedral aconteció, por fin, algo verídico en mí que formaba parte del gran secreto — como si hubiera siempre hablado de piedras que caen del cielo y ahora tuviese una en mi mano. Pero era un episodio humillante. Yo me sentía inmerso en algo desagradable, en algo malo y tenebroso, y al mismo tiempo era como un mérito. A veces experimentaba un extraño deseo de hablar sin saber exactamente de qué. Quería comprobar e informarme si otra gente había tenido tales experiencias, o quería indicar que existen cosas maravillosas de las que no se sabe nada. No pude nunca hallar ni el menor rastro de ello en los demás. Me sentí, pues, repudiado o elegido, bendecido o maldito.

No se me hubiera ocurrido nunca, sin embargo, hablar directamente de la visión que tuve, y menos aún del sueño del falo en el templo subterráneo o del hombrecillo tallado en madera, en tanto que lo recordaba todavía. Sabía que no podía hacerlo. Del sueño del falo sólo hablé cuando yo tenía sesenta y cinco años. Las otras experiencias se las comuniqué quizás a mi mujer, pero sólo en años posteriores. Transcurridas décadas después de mi infancia, existía aún un rígido tabú sobre tales cosas.

Toda mi juventud puede compendiarse bajo el concepto del secreto. A causa de ello me refugié en una soledad casi

insoponible y hoy veo aquello como una gran obra, y también como tal el que yo resistiera a la tentación de hablar de ella con alguien. Se configuró ya entonces mi relación con el mundo tal como hoy es: también hoy estoy solo porque sé cosas y debo señalar que los demás no las saben y que, en su mayoría, tampoco quieren en absoluto saberlas.

En la familia de mi madre hubo seis sacerdotes, y no sólo mi padre era sacerdote, sino también dos de sus hermanos. Así, pues, oía muchas conversaciones religiosas, discusiones teológicas y sermones. Tenía siempre la impresión: «Sí, sí, esto está muy bien. ¿Pero qué es el misterio? Existe también el misterio de la gracia. Vosotros no sabéis nada de ello. Vosotros no sabéis que Dios quiere que yo haga incluso lo injusto, que piense en lo prohibido para poder participar de su gracia.» Todo cuanto los demás decían era marginal. Yo pensaba: «¡Por Dios!, alguien debe saber algo de ello. En algún lugar debe encontrarse la verdad.» Rebuscaba en la biblioteca de mi padre y leía todo cuanto encontraba acerca de Dios, de la Trinidad, del Espíritu, de la conciencia. Devoré los libros y no por ello me volví más sabio. Una y otra vez tenía que pensar: «¡Ellos tampoco lo saben!» Leí también la Biblia de Lutero de mi padre. Por desgracia, el habitual sentido «edificante» del libro de Job no me ofrecía un interés profundo. De lo contrario, hubiera encontrado consuelo en él, concretamente en el apartado IX, 30, «Si yo me lavo con agua de nieve... tú me salpicarás de barro».

Mi madre me contó posteriormente que en aquella época yo estaba con frecuencia deprimido. Esto no era exacto, sino que me preocupaba el misterio. Era un consuelo feliz y curioso el sentarse sobre aquella piedra. Ello me libraba de todas mis dudas. Cuando pensaba que yo era la piedra cesaban los conflictos. «La piedra no tiene inseguridad alguna, no se siente impulsada a comunicarse y es eterna, vive durante siglos», pensaba yo. «Yo, por el contrario, sólo soy un fenómeno pasajero que se desvanece en

toda clase de emociones, como una llama que rápidamente arde y se extingue después.» Yo era la suma de mis emociones y la piedra sin edad era otro ser en mí mismo.

II

Entonces se produjeron también profundas dudas en torno a todo lo que mi padre decía. Cuando le oía predicar acerca de la gracia pensaba siempre en mi experiencia. Lo que decía me sonaba a trivial y hueco, como si explicara una historia que ni él mismo pudiera creer por completo o que sólo conociera de oídas. Yo le quería ayudar, pero no sabía cómo. También me contenía el temor a comunicar mi experiencia o a inmiscuirme en sus preocupaciones personales. Además, por una parte, me sentía muy pequeño, y por otra, temía dejarme llevar por aquella sensación de autoridad que me daba una «segunda personalidad».

Más tarde, cuando tenía dieciocho años, tuve muchas discusiones con mi padre, siempre con la secreta esperanza de hacerle saber algo de la milagrosa gracia y ayudarle con ello en sus cargos de conciencia. Estaba convencido de que cuando él cumpliera la voluntad de Dios todo le iría bien. Nuestras discusiones tenían siempre un final insatisfactorio. Le incitaban y afligían. «¡Bah!», solía decir, «tú quieres pensar siempre. No hay que pensar, sino creer.» Yo pensaba: No, hay que experimentar y saber — pero decía: «Dame esta fe», a lo cual él se rendía siempre resignado y encogiéndose de hombros.

Empecé a hacer amistades, especialmente con jóvenes tímidos de procedencia sencilla. Mis calificaciones escolares mejoraban. En los años siguientes llegué a ser incluso el primero de clase. Pero observé que por debajo de mí había algunos que me envidiaban y que querían aventajarme a todo trance. Esto me desagradaba. Me resultaba odiosa toda rivalidad, y cuando alguien convertía el juego en competencia, me separaba del juego. A partir de entonces me mantu-

biera hecho. Incluso, a veces, me preparaba coartadas para el caso de que me acusasen. Me sentía inmediatamente aliviado cuando realmente había realizado algo. Por lo menos entonces sabía de dónde procedía la mala conciencia. Naturalmente, compensaba mi inseguridad interior con seguridad exterior, o, mejor dicho, el defecto se compensaba a sí mismo sin mi voluntad. Me sentía a mí mismo como quien es culpable y al mismo tiempo quiere ser inocente. En el fondo sabía siempre que en mí había dos personalidades. Una era la del hijo de sus padres, que iba a la escuela y era menos inteligente, atento, estudioso, disciplinado y limpio que muchos otros; por el contrario, la otra era adulta, vieja, escéptica, desconfiada, apartada de la sociedad. Ésta tenía a favor a la naturaleza, a la tierra, al sol, a la luna, al tiempo, a la criatura viviente y principalmente también a la noche y los sueños, y todo cuanto en mí manifestaba la influencia inmediata de «Dios». Sentía en todo ello una señal de «Dios». Pongo aquí «Dios» entre comillas. La naturaleza me parecía, como yo mismo, desterrada de Dios, corno No-Dios, aunque hubiera sido creada por Él como expresión de Sí Mismo. No me cabía en la cabeza que la imagen tuviera que limitarse a los hombres. Sí, me parecía que las altas montañas, los ríos, los mares, los bellos árboles, las flores y los animales revelaban más la esencia de Dios que los hombres con sus ridículos vestidos, con su ordinariez, estrechez mental, vanidad, falsedad y su despreciable egoísmo. Todas estas particularidades las conocía muy bien por mí mismo, es decir, por la personalidad número 1, el joven escolar de 1890. Junto a ello existía un dominio, como un templo, en el que todo aquel que penetraba se sentía transformado. De la contemplación del universo uno podía sentirse impresionado y sólo podía experimentar lo maravilloso si se olvidaba a sí mismo. Aquí vivía el «otro» que conocía a Dios como un misterio oculto, personal, y a la vez impersonal. Aquí nada separaba al hombre de Dios. Era como si el espíritu humano contemplara la creación al mismo tiempo que Dios.

1
2



Lo que hoy expreso en frases coherentes no me era entonces conocido de forma articulada, sino como una suprema intuición, y un sentimiento profundo. Aquí me sentía digno y propiamente hombre. Por ello buscaba la tranquilidad y la soledad del otro, del número 2.

Las contradicciones entre las personalidades 1 y 2, que me han acompañado durante toda mi vida, no tienen nada que ver con un «desdoblamiento» en el sentido usual en medicina. Por el contrario, tales contradicciones se encuentran en todo hombre. Principalmente son las religiones las que siempre han hablado del número 2 como del «hombre interior». En mi vida la personalidad 2 ha desempeñado el papel principal, y siempre he intentado dejar libre el proceso que del interior quería aproximarse a mí. La personalidad 2 es una figura típica; pero las más de las veces la inteligencia consciente no es suficiente para ver que también se es esto.

La Iglesia se me convirtió gradualmente en una tortura, pues allí se hablaba abiertamente —casi diría: desvergonzadamente— de Dios; lo que Él quiere, lo que Él hace. La gente se exhortaba a experimentar aquel sentimiento, a creer en aquel misterio, del cual sabía yo que era la verdad más profunda, la más íntima, la que no existen palabras para expresarla. Sólo podía deducir de ello que aparentemente nadie conocía este misterio, ni siquiera el sacerdote; pues, de lo contrario, nunca hubiese podido arriesgarse a revelar públicamente el misterio de Dios ni a profanar tan indecible sentimiento con los sentimentalismos de mal gusto. Yo estaba seguro de que éste era un camino equivocado para llegar a Dios, pues sabía, por experiencia, que esta gracia sólo es otorgada a quien cumple incondicionalmente la voluntad de Dios. También esto se predicaba ciertamente en la Iglesia, pero siempre en el supuesto de que la voluntad de Dios fuera conocida por la revelación. Por el contrario, a mí me daba la impresión de ser de lo más desconocido. Me parecía como si en realidad hubiera que averiguar diariamente la voluntad de Dios. No es que yo lo

hiciera, pero estaba seguro de que lo haría en cuanto me encontrara en una situación perentoria. La personalidad no me absorbía con demasiada frecuencia. Me parecía, a menudo, como si los preceptos religiosos pudieran sustituir la voluntad de Dios que tan inesperada y horrible podía ser y concretamente con el objetivo de no tener que comprender la voluntad de Dios. Me volví cada vez más excéptico, y los sermones de mi padre y de otros sacerdotes me ponían triste. Todos los hombres que conmigo se relacionaban me parecía que aceptaban por descontado toda aquella jerga y la espesa oscuridad que de ella manaba y que se tragaban maquinalmente todas las contradicciones, como, por ejemplo, que Dios es Omnisciente y que ha previsto naturalmente toda la historia de la humanidad. Ha creado a los hombres de modo que tengan que incurrir en pecado y, no obstante, prohíbe el pecado y lo castiga incluso con la condenación eterna y el fuego del infierno. El diablo no desempeñó papel alguno, durante mucho tiempo, en mis pensamientos. Me parecía el mastín malo de un poderoso señor. Nadie más que Dios era responsable del mundo, y Él era, como yo muy bien sabía, temible también. Me parecía cada vez más problemático e inquietante el que el «buen Dios», el amor de Dios por los hombres y de los hombres por Dios, se enalzase y recomendase en los vehementes sermones de mi padre. La duda creció en mí: ¿Sabe él en realidad de qué habla? ¿Podría él degollarme a mí, a su hijo, como sacrificio humano, como Isaac, o entregarse a un tribunal injusto que le hiciese crucificar como a Jesús? No, no podría hacerlo. Así, pues, no podía cumplir, si se diera el caso, la voluntad de Dios que, decididamente, como enseña la Biblia misma, puede ser terrible. —Me resultó claro que cuando se exhortaba, entre otras cosas, a prestar más obediencia a Dios que a los hombres, esto se decía superficialmente y sin meditación. Por lo visto, no se conocía en absoluto la voluntad de Dios, pues, de lo contrario, se hubiera tratado este problema central con sagrado temor, aunque no fuese más que por su miedo al Dios

que puede realizar, con pleno poder, Su terrible voluntad en los indefensos hombres, tal como a mí me había sucedido. ¿Hubiera podido prever alguno de los que pretende conocer la voluntad de Dios, lo que Él me ordenó? El caso es que en el Nuevo Testamento no consta nada parecido. El Antiguo Testamento, particularmente el libro de Job, que hubiera podido iluminarme a este respecto, me era desconocido entonces y tampoco oí nada semejante en las clases preparatorias para la primera comunión a las que asistía entonces. El temor de Dios, que naturalmente se mencionaba, se tenía por algo anticuado, como algo «judío» y hacía mucho tiempo que estaba superado por el mensaje cristiano del amor y bondad de Dios.

El simbolismo en mis experiencias infantiles y la brutalidad de las imágenes me habían inquietado en extremo. Yo me preguntaba: «¿Quién es el que habla de este modo? ¿Quién tiene la desvergüenza de presentar un falo así desnudo y en un templo? ¿Quién me hace pensar que Dios destruye de un modo tan abominable a Su Iglesia? ¿Es el diablo quien así lo ha dispuesto?» No dudé nunca de que era Dios o el diablo el que así hablaba y actuaba, pues sentía claramente que yo no era quién para imaginarse tales pensamientos e imágenes.

Éstos fueron los acontecimientos decisivos de mi vida. Entonces me di cuenta: Soy responsable y de mí depende cómo se me presente el destino. Era un problema que me planteaba y al que debía dar respuesta. ¿Y quién plantea el problema? A esto no me respondió nadie. Sabía que yo mismo debía responder desde mi propio interior: me encontraba solo ante Dios y Dios sólo me preguntaba estas cuestiones terribles. Desde el principio se abrió paso en mí un sentimiento de confianza sin igual en el destino, como si estuviera dedicado a una vida que debía realizarse. Existía en mí una íntima seguridad que nunca pude demostrar. Pero para mí estaba demostrado. Yo no poseía la certeza, pero ella me poseía a mí a menudo, cuando estaba

convencido de lo contrario. Nadie podía arrebatarme la certeza de que estaba destinado a hacer lo que Dios quiere y no lo que yo quiero. Esto me daba frecuentemente la sensación, en los asuntos decisivos, de no estar con los hombres sino sólo con Dios. Siempre que me encontraba «allí», donde ya no me sentía solo, me sentía fuera del tiempo. Me encontraba inmerso en los siglos, y Él, el que respondía, era Aquel que ha existido siempre y siempre existirá. Las conversaciones con aquel «Otro» fueron mis experiencias más profundas: por una parte, sangrienta lucha, por otra parte, supremo éxtasis.

De estas cuestiones, naturalmente, no podía hablar con nadie. No sabía de nadie en mi ambiente con el que hubiera podido comunicarme, a excepción, tal vez, de mi madre. Ella parecía pensar igual que yo. Pero pronto me di cuenta de que no me satisfacía en las conversaciones. Ante todo, ella me impresionaba y esto no era bueno para mí. Así, pues, quedé solo con mis pensamientos. Además, esto era para mí lo mejor. Actué sólo para mí, caminé solo, soñé solo y tuve un recóndito mundo para mí solo.

Mi madre fue para mí una madre excelente. Expandía una candida atmósfera, era extraordinariamente afectiva y muy corpulenta. Escuchaba a todo el mundo, conversaba con agrado y era como un alegre murmullo. Tenía un notable talento literario, de buen gusto y profundo. Pero esto no se ponía de manifiesto en ningún sentido, quedaba oculto detrás de una vieja y gruesa mujer que era realmente simpática, cocinaba magníficamente, era muy hospitalaria y tenía mucho sentido del humor. Tenía todas las cualidades habituales que se pueden tener, pero en ella se manifestaba una segunda personalidad que era, sin lugar a dudas, insospechadamente poderosa, era una figura grande y oscura que poseía una indiscutible autoridad. Yo estaba seguro de que en ella había también dos personas: una inofensiva y humana, la otra, por el contrario, me parecía inquietante. Se manifestaba sólo raramente, pero siempre de modo inesperado y temible. Entonces hablaba



como consigo misma, pero lo dicho iba por mí y me afectaba, como de costumbre, en lo más íntimo, por lo que quedaba atónito.

El primer caso que alcanzo a recordar tuvo lugar cuando yo tenía seis años y todavía no iba a la escuela. Nuestros vecinos eran gente medianamente acomodada. Tenían tres hijos: el mayor, un muchacho aproximadamente de mi edad, y dos hermanas más jóvenes. Eran, en realidad, gente de ciudad que ataviaban a sus hijos el domingo de un modo verdaderamente ridículo: zapatitos de charol, pantaloncitos con encaje, guantecitos blancos siempre limpios y elegantes, incluso en días laborables. Se sentían infinitamente lejos de los arrapiezos con pantalones rotos, y zapatos agujereados y manos sucias, y ofrecían un elegante aspecto. Mi madre me enojaba sin cesar con sus comparaciones y advertencias: «Contempla a esos simpáticos niños, son bien educados y corteses, en cambio, tú eres un grosero que no sirves para nada.» Estas advertencias me molestaban y me determiné a darles una paliza a aquellos chicos. Y así lo hice. Enfurecida su madre, se apresuró a dirigirse a la mía y protestó con sus alteradas palabras contra mi atropello. Esto sacó a mi madre de sus casillas y me dirigió una larga filípica, aderezada con lágrimas de un modo nunca visto por mí. No me sentía culpable en absoluto, sino que pensaba en mi hazaña con satisfacción, pues me parecía haber vengado en cierto modo la intrusión de estos extraños en el pueblo. Me sentí fuertemente impresionado y contrito por el disgusto de mi madre, y regresé a mi mesita, detrás del viejo clavicordio donde comencé a jugar con mis tarugos de madera. Durante un largo rato reinó la calma. Mi madre se había retirado a su lugar de costumbre delante de la ventana y hacía punto de media. Entonces la oí murmurar y, por palabras sueltas que pude captar, logré deducir que hablaba del pasado suceso, pero esta vez en sentido contrario. Parecía como si me aprobara. Repentinamente dijo en voz alta: «¡Naturalmente, nunca se hubiera debido aguantar a

toda esa caterva!» Supe, repentinamente, que hablaba de los atildados «petimetres». Su hermano preferido era cazador, mantenía perros y hablaba siempre de cría de perros, de mestizos, razas y cachorros. Comprobé con alivio que también consideraba a estos odiosos niños como despreciables bastardos y que su filípica no debía tomarse en serio. Pero sabía ya entonces que debía mantenerme quietecito y no decirle triunfante: «¡Ves, también tú piensas como yo!», pues me hubiera replicado con indignación algo así: «¡Maldito arrapiezo, cómo puedes imputar a tu madre tales barbaridades!» De ello deduje que debían de haber ocurrido una serie de experiencias anteriores del mismo tipo que he olvidado ya.

Explico esta historia porque en la época de mi incipiente escepticismo sucedió otro caso que arroja luz sobre la duplicidad de mi madre. Hablamos en la mesa de lo aburridos que eran los cánticos religiosos. Se hablaba de la posibilidad de una revisión del libro de cantos. Entonces mi madre murmuró: «Oh, tú, amor de mi amor, tú, bienaventuranza deseada.» Como anteriormente, hice como si no hubiera oído nada y, pese a mi sentimiento de triunfo, procuré no proferir un grito jubiloso.

Existía una notable diferencia entre las dos personalidades de mi madre. Así, sucedía que de niño soñaba a menudo angustiosamente en ella. Durante el día era una madre amable, pero por la noche me parecía misteriosa. Era como una profetisa que a la vez es un animal raro, como una sacerdotisa en una guarida de osos. Anticuada y pérfida. Pérfida como la naturaleza y la verdad. Además, era la personificación de lo que he designado como *natural mind*.¹

También reconozco algo de esta naturaleza arcaica en mí. La naturaleza no me ha otorgado siempre el grato don

1. «*Natural mind* es el espíritu que procede de la naturaleza y no tiene nada que ver con los libros. Surge de la naturaleza del hombre como una fuente de la tierra y expresa la sabiduría propia de la naturaleza. Dice las cosas despreocupadamente y sin consciencia.» (Extraído de un informe inédito de un cursillo de 1940. Traducido del inglés por A. J.)

de ver a los hombres y a las cosas tal como son. Ciertamente me puedo dejar engañar cuando me sitúo detrás de la luz, si no quiero convencerme de alguna cosa. Pero en el fondo sé muy bien cómo son las cosas. El «verdadero conocimiento» consiste en un instinto, o en una participación mística con los demás. Se podría decir que son los «ojos del segundo término» que ven en un acto impersonal de intuición.

Posteriormente comprendí mejor esto, cuando me sucedieron cosas extrañas, por ejemplo, cuando una vez narraba la historia de la vida de un hombre, sin conocerle. Fue durante la boda de una amiga de mi mujer. La novia y su familia me eran por completo desconocidos. Durante la comida se hallaba sentado frente a mí un hombre de mediana edad, de hermosa barba, que me había sido presentado como abogado. Conversábamos animadamente sobre psicología criminal. Para responderle a una pregunta concreta, me inventé la historia de un caso que adorné con todo lujo de detalles. Mientras estaba todavía hablando observé que mi interlocutor cambió por completo su expresión y un extraño silencio se produjo en la mesa. Confuso, dejé de hablar. A Dios gracias estábamos ya en los postres y pude levantarme pronto de la mesa e ir a sentarme en el vestíbulo del hotel. Allí me ensimismé en un rincón, encendí un cigarrillo e intenté meditar sobre la situación. En este instante se me acercó uno de los señores que estaban sentados a la mesa y me interpeló: «¿Cómo pudo usted cometer tal indiscreción?», «¿Indiscreción?», «Sí, ¡esta historia que usted contó!» «¡Pero si me la he inventado!»

Para mi mayor asombro me dijo que había narrado con todo detalle la historia de mi interlocutor. Descubrí en este instante que ya no recordaba ni una sola palabra de la narración, e incluso hoy me resulta imposible recordar ni una sola palabra de ella. En su *Autocontemplación* Heinrich Zschokke² describe un suceso parecido: cómo descu-

2. Heinrich Zschokke, prosista y político suizo (1771-1848).

Con mi padre sucedía todo lo contrario. Con gusto le hubiera expuesto mis dificultades religiosas y le hubiera pedido consejo, pero no lo hice porque me parecía como si ya supiera yo de antemano lo que por horrorosos motivos a causa de su magisterio debía responderme. Poco tiempo después se confirmó cuán acertado iba yo en mi suposición. Mi padre me daba personalmente clases para prepararme en la primera comunión, clases que me aburrían sobremanera. Una vez hojeaba yo en el catecismo para encontrar algo distinto de las descripciones sentimentales sobre el «*hêr* Jesús», que me resultaban incomprensibles y poco interesantes. Entonces vi un párrafo sobre la Trinidad de Dios. Esto fue algo que despertó mi interés: una unidad que es a la vez una trinidad. Esto era un problema que por su contradicción interna me cautivaba. Esperaba ansiosamente el momento en que llegaríamos a esta cuestión. Cuando llegamos allí, mi padre dijo: «Ahora llegamos a la Trinidad, pero pasaremos este punto por alto, pues en realidad no comprendo nada de ello.» Por una parte me sorprendió la sinceridad de mi padre, pero por otra parte me sentí profundamente desilusionado y pensé: Así está, no comprenden nada, pero no piensan en ello. ¿Cómo puedo yo entonces hablar de ello?

En vano efectué experiencias a este respecto con ciertos compañeros que me parecieron reflexivos. No hallé eco alguno, por el contrario, una extrañeza que me aleccionaba.

Pese al aburrimiento me esforcé todo lo posible para lograr convertirme a la fe sin comprensión —una postura que parecía corresponder a la de mi padre—, y me preparé para la comunión en la que había depositado mi última esperanza. Fue simplemente una comunión memorable, un tipo de fiesta conmemorativa para los 1890-30 = 1860 años de la muerte del «*hêr* Jesús». Tuvo cierto significado: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo», ello se refería al pan eucarístico que debíamos comer como Su cuerpo, que originariamente era sangre. Comprendía que de este modo él

De pronto me tocó a mí. Comí el pan; tenía un sabor insípido tal como ya esperaba. El vino, del que tomé sólo un pequeño sorbo, era flojo y ácido, no era precisamente de los mejores. Entonces llegó la oración final y todos salieron ni impresionados ni alegres, sino con unos rostros que decían: «Así fue por esta vez.»

Marché con mi padre a casa, muy consciente de que llevaba un sombrero de fieltro y un nuevo vestido negro que ya mostraba tendencia a convertirse en levita. Era un tipo de chaqueta alargada que se ampliaba en dos aletas y entre ellas había una abertura con un bolsillo en el que se podía colocar el pañuelo, lo que se me antojaba un gesto varonil adulto. Me sentí socialmente elevado y alusivamente admitido en la sociedad de los hombres. También en este día tuvo lugar una comida especialmente buena. Durante el día fui de paseo en traje nuevo. Por lo demás, yo estaba vacío y no sabía en absoluto cómo me sentía.

Sólo progresivamente, en el transcurso de los siguientes días, llegué a la conclusión de que nada había sucedido; estuve ciertamente en la cumbre de la iniciación religiosa, donde había esperado algo, no sabía qué. Pero no sucedió nada. Yo sabía que Dios podía hacerme cosas inesperadas, cosas de fuego y de luz sobrenatural, pero esta fiesta no dejó, para mí por lo menos, ninguna huella de Dios. Es cierto que se hablaba de Él, pero fueron sólo palabras. Tampoco había percibido en los demás nada de las dudas desconcertantes, de la abrumadora emoción y la del aflujo de gracia, que para mí constituían la esencia de Dios. No había observado nada de *communio*, nada de unión o de llegar a ser un solo. ¿Comunión con quién? ¿Con Jesús? Era un hombre que murió hacía 1860 años. ¿Por qué hay que devenir una sola naturaleza con él? Se le llama «hijo de Dios», era pues, según parece, un semidiós, como los héroes griegos. ¿Cómo puede, pues, un hombre corriente devenir uno solo con él? Se denomina a la religión «cristiana», pero esto no tenía nada que ver, como yo lo había experimentado, con Dios. Por el contrario, está



del todo claro que Jesús, el hombre, tenía algo que ver con Dios; estuvo desesperado en Getsemaní y fue crucificado después de haber conocido el amor y la bondad de Dios. Esto podía entenderlo yo. Pero ¿a qué, pues, esta triste ceremonia con este pan y este vino? Paulatinamente se me hizo claro que la comunión había sido para mí un fatal acontecimiento. Transcurrió con vacío, peor aún, con déficit. Sabía yo que nunca más podría tomar parte en esta ceremonia. Para mí no constituía religión alguna, ni presencia de Dios. La iglesia era un lugar al cual no debía ir. Allí no había nada para mí, sino muerte.

Me invadió una profunda compasión por mi padre. De repente, la tragedia de su ministerio y de su vida. Se hallaba en un trance mortal que no quería reconocer. Un abismo se abrió entre él y yo, y no vi posibilidad alguna de salvar este inmenso precipicio. No podía ayudar a mi padre querido y generoso, que tanto me había dado y nunca me había tiranizado, en aquel desespero y en aquel desafuero que eran necesarios para llegar a experimentar la gracia de Dios. Sólo un Dios puede esto. No me estaba permitido hacerlo. Hubiera sido inhumano. Dios no es humano, pensé yo. Su grandeza está en que nada de lo humano se alcanza. Es bondadoso y temible, ambas cosas a la vez, y por ello un gran peligro el cual uno se intenta salvar por vía natural. Lo que uno hace es aferrarse a Su Amor y Bondad, para no ser víctima del Tentador y del Exterminador. Jesús observó también esto y por ello enseñó: «No nos dejes caer en la tentación.»

Mi unidad con la Iglesia y con el ambiente humano, tal como lo conocí, me destrozaba. Había sufrido, así me lo parecía, el mayor fracaso de mi vida. La concepción religiosa que me parecía la única relación con el Todo, llena de sentido, estaba destruida, es decir, no podía ya participar en la fe general, sino que me encontraba inmerso en lo indecible, en «mi misterio», que no podía comunicar a nadie. Era terrible y —esto era lo peor— vulgar y ridículo, una burla diabólica.

Empecé a cavilar: ¿Qué debe pensarse de Dios? Yo no me había hecho aquella imagen de Dios y de la catedral, ni mucho menos aquel sueño que me sobrecogió cuando tenía tres años. Era una voluntad más fuerte que la mía la que me había impuesto ambas cosas. ¿Lo había hecho en mí la naturaleza?; pero la naturaleza no es más que la voluntad del Creador. Tampoco era solución culpar de ello al diablo, pues él era también una criatura de Dios. Sólo Dios era el verdadero fuego asolador y la gracia inefable.

El fracaso de la comunión, ¿era mi fracaso? Yo me había preparado con toda seriedad y esperaba experimentar en mí la gracia y la revelación, pero nada sucedió. Dios permaneció ausente. Por la voluntad de Dios me encontré separado de la Iglesia y de mi padre, y de todos los demás en cuanto profesaban la religión cristiana. Estaba al margen de la Iglesia. Esto me llenó de una tristeza que ensombreció todos mis años anteriores al comienzo de los estudios universitarios.

III

En la relativa modesta biblioteca de mi padre, que en aquel entonces me pareció considerable, comencé a buscar libros que pudieran decirme lo que se sabía de Dios. Encontré primeramente las concepciones tradicionales nada más, pero no lo que buscaba, a saber, un autor que pensara por sí solo, hasta que tropecé con la *Dogmática cristiana*, de Biedermann, del año 1869. Aquí había un hombre que al parecer había reflexionado por sí mismo y aportaba sus propias conclusiones. Aprendí que la religión era «un acto espiritual por el cual el hombre se relacionaba voluntariamente con Dios». Esto suscitó mi protesta, pues siempre había entendido la religión como algo que Dios hace conmigo; es un acto de Su parte, a merced del cual simplemente estoy, pues Él es el más fuerte. Mi «religión» no sabía de ninguna relación humana con Dios, pues

Dios pudo, todo lo más, sentir complacencia por el paraíso, pero incluso aquí se preocupó Él de que tanta felicidad no durase mucho, al dejar introducir la peligrosa serpiente maligna, el propio diablo. ¿Experimentó también por ello complacencia? Estaba seguro de que Bierdermann no pensó en esto, sino que, por aquella inadvertencia habitual en la enseñanza religiosa, que tanto me chocó, parloteaba devotamente sin percatarse en absoluto de los disparates que decía. Yo mismo no admitía ciertamente que Dios sintiera una cruel complacencia en las inmerecidas desgracias del hombre y los animales, pero no me parecía absurdo en absoluto pensar que hubiera previsto crear un mundo de antagonismos en el que uno devore a otro y en el que la vida era un nacer para morir. Las «maravillosas armonías» de las leyes de la naturaleza se me antojaban un caos penosamente reprimido, y el firmamento «eterno», con sus órbitas prefijadas, me parecía un evidente acopio de casualidades sin orden ni sentido, pues las constelaciones de las que se hablaba en realidad no se podían ver en absoluto. Eran combinaciones puramente arbitrarias.

Hasta qué punto dotaba Dios al mundo natural con Su bondad, me resultaba oscuro o sumamente dudoso. Esto constituía, por lo visto, otro de aquellos puntos sobre los que no se debía pensar, sino que se tenía que creer. Si Dios es el «Bien supremo», ¿por qué Su mundo, Su creación es tan imperfecta, tan corrompida, tan deplorable? Por lo visto porque el diablo lo contamina y lo confunde, pensaba yo. Pero el diablo es también creación de Dios. Debía, pues, leer algo acerca del diablo. Parecía ser muy importante. Nuevamente abrí mi dogmática y busqué respuesta a esta cuestión acuciante de las causas de la desgracia, de las deficiencias y del mal, y no pude hallar nada. Era el colmo. Esta dogmática no era, evidentemente, más que inútil parloteo, aún más, una extraordinaria estupidez que no podía hacer otra cosa que oscurecer la verdad. Estaba desilusionado, incluso estaba indignado.

Pero en algún lugar y en algún tiempo tuvo que haber



hombres que buscaran la verdad como yo, que pensarán racionalmente, que no se engañaran a sí mismos y a los demás y no quisieran negar la triste realidad del mundo. En esta época sucedió que mi madre, concretamente su personalidad 2, me dijo repentinamente y sin preámbulos: «Tienes que leer alguna vez el *Fausto* de Goethe.» Nosotros teníamos una reciente y bella edición de las obras de Goethe y busqué el *Fausto*. Inundó mi alma como un bálsamo maravilloso. Por fin, he aquí un hombre, pensaba yo, que se toma en serio al diablo, y concluye un pacto de sangre con su enemigo, quien tiene el poder de desbaratar el designio de Dios, de crear un mundo perfecto. Lamentaba el modo de comportarse de Fausto, pues en mi opinión, no hubiera debido ser tan estrecho de miras ni dejarse ofuscar. Debí ser más sensato y también más digno. ¡Me parecía infantil describir su alma de un modo tan simple! ¡Fausto era evidentemente un calavera! Tuve también la impresión de que el peso de la obra y lo más importante de ella descansaba en Mefistófeles. No hubiera lamentado que el alma de Fausto hubiera terminado en el infierno. No me hubiera causado lástima. El «diablo impostor» no me gustó en absoluto al final, pues Mefistófeles era cualquier cosa menos un diablo tonto que pudiera proceder de un estúpido ángel. Mefistófeles me pareció falso en otro sentido; no es él quien recupera sus privilegios sino Fausto, esta alma inestable y falta de carácter que ha llevado su engaño hasta el más allá. Precisamente ahí se revelaba su puerilidad, pero me pareció haber merecido la iniciación en los grandes misterios. ¡Yo le hubiera concedido todavía algo de purgatorio y de la iniciación que sospechaba oscuramente que tenía relación con el misterio radical! En todo caso, Mefistófeles y la gran iniciación me quedaron finalmente como acontecimiento extraordinario y misterioso al margen del mundo de mi consciencia.

Finalmente había hallado la confirmación de que hubo uno o varios hombres que vieron el mal y su enorme poder para transformar el mundo, y más todavía, el

directamente? ¿Por qué hace como si realmente opinara que la idea de Dios «se forma» y que de ello sólo se es capaz en un cierto grado evolutivo? Por lo que sé, los salvajes que vagan desnudos en sus bosques tienen también tal idea. No fueron, pues, los «filósofos» los que se decidieron a «hacerse una idea de Dios». Tampoco yo nunca «me he hecho una idea de Dios». Naturalmente, no se puede demostrar a Dios, pues, ¿cómo podría, por ejemplo, una polilla que come lana australiana demostrar a las otras que existe Australia? La existencia de Dios no depende de nuestras demostraciones. ¿Cómo llegué yo, pues, a la certeza de Dios? Ciertamente se me explicó todo lo posible a este respecto y, sin embargo, pude, en realidad, no haber creído nada. Nada me convenció. No es de allí en absoluto de donde proviene mi idea. Y no se trata en absoluto de una idea o algo imaginado. No era como si se hubiera primero imaginado y pensado algo y después se hubiera creído en ello. Por ejemplo, la historia del «*hêr* Jesús» me pareció siempre sospechosa y no la creí nunca realmente. Y sin embargo, me importunaron con ella más que con «Dios», que, como máximo, sólo se mencionaba en segundo término. ¿Por qué me resultaba evidente Dios? ¿Por qué estos filósofos hacen como si Dios sea una idea, un tipo de suposición arbitraria que puede «hacerse» o no, cuando se trata de algo tan patente como si le cae a uno un ladrillo en la cabeza?

Entonces me resultó repentinamente claro que Dios, por lo menos para mí, era una de las experiencias más evidentes e inmediatas. Aquel horrible episodio de la catedral no me lo inventé yo. Por el contrario, me fue impuesto, y me sentí cruelmente impulsado a pensarlo. Pero después de ello me fue concedida una gracia indecible.

Llegué a la conclusión de que algo no concordaba en los filósofos, pues tenía la curiosa idea de que Dios, en cierto modo, es una suposición que podría discutirse. También hallé muy insatisfactorio el no descubrir ninguna opinión sobre las oscuras actividades de Dios, ni nin-

gima explicación sobre ellas. A mi parecer, éstas serían dignas de la atención y meditación filosóficas. Representaban en realidad un problema que, a mi entender, tenía que ser difícil para los teólogos. Tanto mayor era mi desengaño de que los filósofos, por lo visto, no supieran nada acerca de ello.

Pasé, pues, al siguiente artículo, concretamente al párrafo sobre el diablo. Si se le concibe, así decía, como originariamente malo se incurre en palpable contradicción, es decir, se cae en un dualismo. Por ello era mejor admitir que el diablo originariamente había sido creado como un ser bueno y sólo a causa de su orgullo se había corrompido. Para mi gran satisfacción indicaba el autor, sin embargo, que esta afirmación, que intentaba explicar el mal, suponía ya la soberbia. Por lo demás, el origen del mal sería «inexplicado e inexplicable», lo que para mí significaba: como los teólogos, tampoco él quiere pensar acerca de esto. El artículo sobre el mal y su origen resultaba igualmente confuso.

Lo que hasta ahora llevo explicado se refiere a acontecimientos interrumpidos por largos períodos, que abarcan algunos años. Tuvieron lugar en mi personalidad número 2 y eran estrictamente secretos. Utilizaba la biblioteca de mi padre para estudiar estas cuestiones sin pedírselo y a escondidas nada más. Sin embargo, mientras tanto, la personalidad número 1 leía despreocupadamente todas la novelas de Gerstäcker, así como traducciones alemanas de novelas inglesas clásicas. También comencé a leer literatura alemana, los clásicos en primer lugar, hasta el punto de que las inútiles y trabajosas aclaraciones de la escuela sobre cosas triviales no me quitaron el interés por ella. Leía mucho y sin plan alguno: drama, poesía lírica, historia y posteriormente obras científicas. La lectura me resultaba no sólo interesante, sino que me ofrecía, además, un esparcimiento beneficioso. El ocuparme de la personalidad número 2 me causaba cada vez más presiones que en el terreno de las cuestiones religiosas, donde sólo hallaba puer-

los argumentos socráticos. Eran bellos y académicos como una exposición de pinturas, pero algo lejanos. Sólo en el maestro Eckhart sentí un soplo de la vida sin llegar a comprenderlo por completo. La escolástica cristiana me dejó frío, y el intelectualismo aristotélico de santo Tomás me pareció más muerto que un desierto. Pensaba: todos ellos quieren llegar, mediante construcciones lógicas, a aquello que no han percibido y de lo que en realidad no saben nada. Quieren probarse a sí mismos una fe, ¡donde simplemente se trata de experiencia! Se me antojaban como gente que sabía de oídas que existían elefantes, pero no habían visto ninguno. Intentaban demostrar con argumentos que, por razones lógicas, tienen que existir tales animales y que deben ser de tal índole como lo son realmente. La filosofía crítica del siglo XVIII no la entendí en principio por razones comprensibles. Hegel me intimidaba por su tan difícil como altanero lenguaje, al que consideraba con franca desconfianza. Me parecía como quien se encontrase prisionero de su propia dialéctica de palabras y se deshiciera en gestos arrogantes en su propia cárcel.

Pero el gran descubrimiento de mi investigación fue Schopenhauer. Era el primero que hablaba del sufrimiento del mundo, que nos envuelve de modo invisible y avasallador, de la confusión, de la pasión, y del mal, que los demás parecían apenas observar y que querían resolver en armonía y claridad. Aquí había por fin alguien que tenía el valor de opinar que el fundamento del mundo no se halla en lo mejor. No hablaba ni de una providencia de la creación, sapientísima e infinitamente buena, ni de la armonía de lo creado, sino que decía claramente que el doloroso transcurso de la historia de la humanidad y la crueldad de la naturaleza se basaba en un defecto, a saber, la ceguera de la voluntad creadora del mundo. Esto lo sentía confirmado por mis primeras observaciones de peces enfermos y moribundos, de zonas sarnosas, pájaros congelados o muertos de hambre, la tragedia despiadada que se oculta en un prado esmaltado de flores: lombrices de tierra que

ple noumeno de una «cosa en sí». Esto se desprendía de la teoría del conocimiento de Kant, que para mí significó una revelación mayor que la imagen «pesimista» del mundo de Schopenhauer.

Esta evolución filosófica se extendió desde los dieciséis años hasta los de mi licenciatura en medicina. Ella trajo como consecuencia un cambio radical de mi actitud frente al mundo y a la vida. Si en un principio había sido tímido, miedoso, desconfiado, descolorido, delgado y de salud aparentemente precaria, se me despertó ahora un insaciable apetito en todos los aspectos. Sabía lo que quería y obré en consecuencia. Evidentemente me volví más amable y expansivo. Descubrí que la pobreza no era ninguna desventaja ni mucho menos la causa primordial del sufrimiento y que los hijos de los ricos no se encontraban en absoluto en ventaja con respecto a los muchachos pobres y mal vestidos. Existían razones mucho más profundas para la felicidad y la desgracia que la cuantía del dinero disponible. Gané más y mejores amigos que antes. Sentía bajo mis pies un suelo más firme e incluso hallé el valor de hablar con toda franqueza de mis pensamientos. Pero esto era, como pronto supe, un error del que tuve que arrepentirme. Choqué no sólo con la extrañeza o la burla, sino también con un rechazo hostil. Para mi mayor asombro y disgusto descubrí que para cierta gente yo pasaba por fanfarrón y *blagueur*. La primitiva sospecha de impostor volvió a repetirse aunque en otra forma. Nuevamente tuvo que ver con un tema de redacción que me había interesado. A tal efecto escribí mi redacción con especial cuidado, por lo cual pulí al máximo mi estilo. El resultado fue catastrófico: «He aquí una redacción de Jung», dijo el maestro, «es, desde luego, brillante, pero tan improvisada que se ve cuán poca seriedad y trabajo ha puesto en ella. Puedo decirte, Jung, que con esta ligereza no lograrás triunfar en la vida. Hace falta seriedad y esmero, trabajo y esfuerzo. Mira la redacción de D. No tiene nada

de tu brillantez, pero es sincera, hecha a conciencia y esmerada. Tal es el camino para triunfar en la vida».

Mi fracaso no fue tan radical como la primera vez, pues el profesor —*contre coeur*— estaba impresionado por mi redacción y por lo menos no pensó que yo la hubiera plagiado. Sin embargo, protesté contra sus censuras, pero me replicó con la observación: «Según la *Ars Poetica*, el mejor poema es aquel en el que no se observa el esfuerzo para crearlo. Pero esto no vale para tu redacción. No me harás cambiar de opinión. Ha sido escrita descuidadamente y sin dedicar esfuerzo.» En ella, yo lo sabía, había un par de buenos pensamientos en los que el profesor no había entrado en absoluto.

Este hecho me amargó ciertamente, pero los recelos surgidos entre mis compañeros me afectaban más, pues me amenazaban nuevamente con sumirme en el aislamiento y la depresión anteriores. Yo me rompía la cabeza para dilucidar en qué hubiese yo podido causar tales suspicacias. Tras cuidadas indagaciones averigüé que se desconfiaba de mí porque frecuentemente hacía observaciones o referencias a cosas que yo no podía saber en absoluto, por ejemplo, daba yo a entender que sabía algo de Kant o de paleontología, cosas que no se «daban» en la escuela. Estas asombrosas constataciones me mostraron que las cuestiones propiamente acuciantes no formaban parte de lo cotidiano, sino al igual que mi antiguo secreto, el mundo de Dios, del cual era mejor no decir nada.

A partir de entonces procuré prescindir de tales cuestiones «esotéricas» entre mis compañeros, y entre los adultos no sabía de nadie con quien pudiera hablar sin tener que temer que se me tuviera por un fanfarrón y un impostor. Lo que me resultó más penoso fue el entorpecimiento y el impedimento a todos mis intentos de suprimir en mí la separación entre ambos mundos. Siempre surgían acontecimientos que me sacaban de mi existencia cotidiana y me empujaban al ilimitado «mundo de Dios».

La expresión «mundo de Dios», que para ciertos oídos

suenan a algo sentimental, no tenía para mí, en absoluto, tal carácter. Al «mundo de Dios» pertenecía todo lo «sobrehumano», luz deslumbrante, tinieblas del abismo, la fría apatía de la infinitud en el tiempo y en el espacio y lo grotesco y misterioso del mundo irracional del azar. «Dios» era para mí todo, en especial lo no edificante.

IV

Cuanto mayor me hacía, con más frecuencia me interrogaban mis padres y otra gente acerca de lo que quería yo ser. Es algo que yo no veía en absoluto claro. Mis intereses me lanzaban en diversas direcciones. Por una parte me atraían poderosamente las ciencias de la Naturaleza con su verdad que descansa en hechos, por otra parte me fascinaba todo lo que dependía de la historia comparada de la religión. En el primer caso me sentía atraído principalmente por la zoología, la paleontología y la geología, en el segundo por la arqueología greco-romana, egipcia y prehistórica. Es verdad que entonces ignoraba lo concordante que era esta selección de tan distintas disciplinas con mi doble naturaleza. En las ciencias naturales me satisfacían los hechos concretos con sus elementos históricos, en las ciencias religiosas la problemática espiritual en la que también entraba la filosofía. En el primer caso echaba de menos el factor del espíritu, en el último lo empírico. Las ciencias naturales correspondían en gran manera a las necesidades espirituales de la número 1, las ciencias del espíritu, o las disciplinas históricas, representaban una bienhechora enseñanza objetiva para la número 2.

En esta situación contradictoria no podía seguir desorientado por largo tiempo. Observé que mi tío, el cabeza de familia de mi madre, que era párroco de San Albán en Basilea y que en la familia llevaba el apodo de «Isemännli», iba orientándose poco a poco hacia la Teología. No le pasaba por alto la extraordinaria atención con que yo se-

guía las conversaciones de sobremesa cuando discutía con uno de sus hijos —todos ellos estudiaban Teología— alguna cuestión de la especialidad. Yo no estaba del todo seguro de si quizás existían teólogos que estuvieran en estrecha relación con las eminencias de la universidad y supieran, por tanto, más que mi padre. Sin embargo, de estas conversaciones de sobremesa no saqué la impresión de que se ocuparan de experiencias reales, y menos aún de tales como las mías, sino que discutían exclusivamente hipótesis acerca de los relatos bíblicos, que a mí me resultaban fastidiosas a causa de las numerosas y escasamente verosímiles narraciones milagrosas. Mientras estudiaba bachillerato podía ir todos los jueves a comer a casa de mi tío. Pero yo no sólo estaba agradecido por ello, sino también por la extraordinaria ventaja de poder seguir de vez en cuando una conversación de sobremesa inteligente, elevada e intelectual. Que existiera algo de este tipo era para mí un gran acontecimiento, pues en mi ambiente nunca había oído a nadie charlar sobre tan doctas cuestiones. Yo dirigía los ruegos a mi padre, pero encontraba siempre una, para mí, incomprensible impaciencia y una tímida resistencia. Sólo algunos años después comprendí que a mi pobre padre no le era permitido pensar, porque interiormente estaba destrozado por las dudas. Estaba huyendo de sí mismo, y por ello insistía en la fe ciega, pues debía combatir y quería esforzarse con penoso empeño. Por ello no podía llegarle más que la gracia.

Mi tío y mis primos podían discutir con toda tranquilidad todas las tesis dogmáticas desde los padres de la Iglesia hasta la teología más moderna. Parecían bien fundamentados en la seguridad de una evidente ordenación del mundo. Sin embargo, no se citaba nunca a Nietzsche, y el nombre de Jakob Burckhardt era pronunciado sólo con disgustada aprobación. A Burckhardt se le consideraba «liberal», «demasiado tolerante» y con ello se aludía a que en cierto modo se desviaba él del eterno orden de las cosas. Sabía yo que mi tío no sospechaba lo lejos que yo estaba de

hasta el punto de que muchas revistas se ocupan exclusivamente de este objetivo de la ciencia médica, se ha creado un instituto que posibilita tales observaciones bajo la dirección del maestro de la Universidad de destacados méritos. Me imagino que tal instituto no representa el habitual manicomio en el que se cuida a los incurables, sino una institución en la que se intenta por medios psíquicos conseguir la curación.»

Jung mismo dijo de su abuelo:

«Era una notable y brillante personalidad. Un gran organizador, enormemente activo, brillante, gracioso y de gran facilidad de palabra. Yo mismo he nadado en sus mismas aguas. ¡Sí, sí, el profesor Jung fue el primero!, se dice en Basilea. Sus hijos estuvieron muy influidos por él. No sólo le veneraban, sino que le temían, pues era un padre tiránico. Después de comer dedicaba un cuarto de hora al descanso y toda su familia debía permanecer en silencio sentada a la mesa.»

Carl Gustav Jung se casó tres veces. En París se casó con Virginie de Lassaulx (nac. 1804). Murió muy joven, a los veintiséis años. La única hija de este matrimonio se casó, como se dijo ya, con el hijo del editor Georg Andreas Reimer, en casa del cual Jung había vivido en Berlín. Contrajo segundas nupcias con Eli-sabeth Catharine Reyenthaler. Jung decía acerca de ello:

«Se casó con Reyenthaler por venganza. Era camarera en una cervecería de estudiantes de Basilea. Él deseaba casarse con la hija del alcalde Frey, pero obtuvo calabazas. Molesto y desorientado por ello, fue inmediatamente a la cervecería y se casó con la camarera. Esta mujer murió pronto de tuberculosis, al igual que sus hijos.»

Finalmente se casó en terceras nupcias con Sophie Frey, la hija del alcalde. La sepultura de sus padres se halla en el claustro de la catedral de Basilea. Sophie Jung murió en 1855 a la edad de cuarenta y tres años. Dos hijos murieron jóvenes. El hijo menor, Johann Paul Achules Jung (1842-1896) fue el padre de Carl Gustav Jung. De él ha hablado exhaustivamente Jung en el primer capítulo de este libro. Repitamos sólo los datos externos brevemente: Paul Jung era teólogo y fue primeramente párroco en Kebwil (Thurgau), donde en 1875 nació C. G. Jung. Luego, durante cuatro años, fue párroco en Laufen, un munici-

pio del Rin junto a Sachffhausen. En 1879 fue nombrado párroco de la iglesia de Klein-Hüningen junto a Basilea.

La madre de Jung, de soltera Emilie Preiswerk, procedía de Basilea. Era la hija menor del primer pastor de la iglesia evangélica de Basilea, un hombre culto y de talento poético, Samuel Preiswerk (1799-1871), y de su segunda esposa Augusta Faber de Nürtingen (Württemberg) (1805-1862). La familia Faber eran protestantes franceses que después de la supresión del Edicto de Nantes (1785) marcharon a Alemania. Primeramente Samuel Preiswerk fue pastor protestante en MuttENZ, pero después de la separación del cantón en ciudad de Basilea y país de Basilea (1833) se trasladó a Basilea. Dado que aquí no halló ocupación, marchó a Ginebra y desempeñó el cargo de profesor en la escuela de teología de la comunidad evangélica. Enseñaba lengua hebrea y teología del viejo testamento. Compuso una gramática hebrea que se reeditó varias veces. Algunos años más tarde se le llamó a Basilea y fue pastor de la comunidad de St. Leonhard. Junto con su actividad como pastor protestante fue profesor particular de lengua y literatura hebreas. Era de carácter amable y tolerante, lo que también se colige de su revista mensual *Das Morgenland* (El país de mañana) en que se hablaba a favor de la recuperación de Palestina por los judíos.

Todavía hoy se cuentan en Basilea anécdotas sobre él. «En un estudio conservó Samuel Preiswerk una silla especial para el espíritu de su primera mujer difunta, Magdalena. Cada semana Preiswerk mantenía conversaciones a horas determinadas con el espíritu de Magdalena, con gran disgusto por parte de su segunda mujer, Augusta.»⁴

Jung dijo de él:

«No conocí personalmente a mi abuelo materno. Pero por todo lo que oí de él, el nombre del antiguo testamento Samuel le resultaba apropiado. Creía todavía que en el cielo se hablaba en hebreo y se consagró por ello con gran entusiasmo al estudio de este idioma. No sólo era muy culto sino que tenía también un notable talento poético; sin embargo, era un hombre especial que se creía siempre rodeado de espíritus. Mi madre me ha explicado muchas veces que había que sentarse detrás de él

4. De *Baslerisches — Allzubaslerisches*, de Hans Jenny, Basilea, 1961. 466

cuando escribía sus pláticas. ¡No podía soportar que mientras estudiaba hubiera espíritus detrás suyo y le molestaran! ¡Cuanto se sentaba un vivo detrás suyo los espíritus se asustaban!»

Sobre su mujer, Augusta Preiswerk, la abuela materna de Jung, existieron muchas historias. A los dieciocho años enfermó gravemente al cuidar a un hermano afecto de escarlatina y permaneció treinta y seis horas como muerta. Ya habían traído el ataúd cuando su madre, que no podía creer en su muerte, la volvió a la vida al ponerle una plancha sobre la nuca. «Gústele» (nombre familiar de Augusta), así se la llamaba, tenía la segunda vista, lo que su familia relacionaba con el suceso de su muerte aparente. Murió a los cincuenta y siete años.

La mujer de C. G. Jung (1882-1955) procedía de una familia de industriales Rauschenbach de Schaffhausen. En el capítulo sobre su infancia, Jung explica que su padre cuando era párroco de Laufen (1875-1879) tuvo amistad con la familia Schenk, a la que pertenecía también su futura madre política, la señora Berta Rauschenbach, y que ella le llevó a pasear en una ocasión (entonces tenía él cuatro años).

Sobre el primer encuentro con Emma, Jung explicó:

«Yo tenía un amigo de estudios cuya familia vivía en Schaffhausen. Una vez que quise visitarle —era después de la muerte de mi padre, en 1896— mi madre me dijo: "Si vas a ver a tu amigo Schaffhausen, ve también a ver a la señora Rauschenbach, que conocimos cuando era joven." Así lo hice y cuando entré en la casa vi en la escalera una muchacha de unos catorce años con trenza y supe: ¡Ésta es mi mujer! Estaba profundamente impresionado, pues sólo la había visto un breve instante, pero había sabido con absoluta certeza que sería mi mujer. Me acuerdo hoy todavía con toda exactitud que se lo expliqué inmediatamente a mi amigo. Pero naturalmente se burló de mí. Le dije: "Puedes reír, pero a ti te sucederá también." Cuando seis años después pretendí a Emma Rauschenbach obtuve calabazas como mi abuelo. Pero yo no tenía a mano, como mi abuelo, una cervecería ni una camarera, ni era catedrático con una tarea concreta y clara, sino que no era más que un médico asistente con un futuro muy nebuloso. ¿Por qué debían serme ahorradas las desilusiones de este *meilleur des mondes possi-bles*⁷?, como preguntaba núm. 2. Pero al cabo de unas semanas la situación cambió y del no salió un sí y núm. 1 quedó afir-